



Temas humanísticos y sociales



Salmona

(1929-2007)

Elsa Koppel de Ramírez
*Presidente de la Sociedad de
Mejoras y Ornato de Bogotá¹*

Rogelio, María Elvira, Mara, Esteban, queridos socios y amigos.

Con estas palabras, no quiero hacer un recuento de las obras arquitectónicas por las que ha ganado fama nacional e internacional Rogelio Salmona. Para quienes somos ciudadanos a secas y no tenemos formación académica de arquitecto, nos basta y nos sobra, con recorrerlas y disfrutarlas.

Tampoco pretendo realizar un análisis crítico de su obra. Hacerlo sería intentar, por supuesto sin éxito, emular las muy sesudas y amenas reflexiones hechas por Germán Téllez, en sus dos libros publicados por Escala, o la mirada académica de Ricardo Castro, publicada por Villegas Editores, en un libro en el que no se

sabe que es más bello: los textos o la fotografía.

No quiero, ni puedo hacer una semblanza del pensamiento y la personalidad de Salmona, pues, aun cuando hubiera querido lo contrario, hemos tenido una amistad que a pesar del cariño y el respeto que nos profesamos, por los avatares de la vida, ha sido un tanto lejana.

Con seguridad todos ustedes habrán leído el libro—entrevista poética de Claudia Antonia Arcila, publicado por *Taurus* o sus reportajes en *El Espectador* o la conversación de amigos, que con forma de entrevista, le realizó Guillermo Angulo. Si no han hecho esta tarea—que como verán, yo la hice con deleite—habrán tenido la fortuna de haber compartido momentos de amistad, horas de trabajo, o de aprendizaje al lado de Salmona. A Quienes no

¹ Discurso pronunciado en la sesión solemne de la Asamblea General de Socios para la entrega del Premio Gonzalo Jiménez de Quesada, 2007, al arquitecto Rogelio Salmona.

lo hayan hecho, les recomiendo la lectura de su maravilloso discurso al aceptar el premio Alvar Aalto.

Estas palabras tienen por objeto compartir con ustedes algunas reflexiones que se hizo la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, al elegir de manera unánime a Rogelio Salmona como merecedor del premio Gonzalo Jiménez de Quesada, 2007, que se otorga desde 1.938. Ellas se centraron en la importancia que para la memoria de Bogotá y para la definición de su futuro, tiene su obra, construida o no, y las reflexiones y debates suscitados por él en torno del espacio público y del interés común.

Estas palabras también quieren llamar la atención sobre la absoluta correspondencia que existe entre su actividad profesional, las opiniones y los comentarios que hace sobre lo que debe ser la ciudad y el papel del arquitecto en su construcción.

Ustedes me perdonarán pero me apropié de frases y textos de muchos autores, y del mismo Salmona, para intentar transmitirles los valores del ciudadano y del ser humano que hoy exaltamos en nombre de los bogotanos.

Muchas veces me pregunto cómo será el proceso creativo de los artistas. En esos momentos, debo confesarlo, siento envidia ante su inspiración. También debo decirles que ésta me dura poco, cuando recuerdo que tengo la posibilidad de disfrutar y solazarme con la creación artística cuando así lo desee. Su creador, por el contrario, se enfrenta al terrible reto de superar su obra, sobrevivirla. En palabras de Germán Téllez *«la sombra de una obra maestra sobre el propio autor de la misma, es por lo general, bien larga»*.

La historia está llena de personajes anónimos que tuvieron un momento de inspiración y crearon una gran obra. Es muy común que ellas y sus autores pasen al olvido. Los grandes maestros, las obras que perduran, son producto de creadores que siempre se sobreponen a su más reciente creación, la dejan que cobre vida propia, y con un tesón de admirar, emprenden, con inquebrantable disciplina el rudo camino para una nueva creación. Ese permanente esfuerzo es el que concede el reconocimiento y da identidad.



Pero vamos a las raíces. Este bogotano, nació en París en 1929, de donde muy rápidamente lo trajeron sus padres a vivir en Teusaquillo. Muy buena parte de su sensibilidad artística y de su formación e inquietudes culturales fueron cultivadas en su hogar, en esa casa de Teusaquillo que tanto recuerda. Estudia en el Liceo Francés y al culminar su bachillerato quería estudiar Artes, pero se decide por la Arquitectura.

Es probable que esa disyuntiva sea una de las primeras tensiones creativas en su vida: Una carrera que su alma le indicaba, o la otra que era, de pronto, un poco menos afín a su espíritu, pero que, como decían nuestros padres, era más útil para la vida. Se decide entonces, por la más espiritual de las profesiones liberales, y le va a imprimir todo el contenido artístico de que es capaz.

Ingresa a la Universidad Nacional a los 16 años, después de superar un duro examen de admisión, para el que parecían más preparados varias decenas de aspirantes de mayor edad y aparentemente más maduros. Más tarde, y casi por casualidad, en una comida en su casa conoce al gran arquitecto francés Le Corbusier y, ante el difícil panorama académico causado por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, se le presenta la oportunidad y termina trabajando en su taller parisino, durante diez años.

En sus viajes por el viejo continente, con la mente dispuesta y todos los sentidos alerta, comienza a recoger conceptos y elementos que le servirán a lo largo de su vida, que forman parte de su identidad. Podemos reconocer el gran influjo de la cultura islámica asentada en España, la importancia escénica y vital que le conceden al agua, que ha llenado las obras de Salmona de atarjeas; esas acequias cantarinas, que llenan de música, luz y frescura, los rincones y los espacios que ha construido.

Otro de los mundos milenarios que más han nutrido su pensamiento y creación artística, lo encontró en sus viajes por Latinoamérica. En

México, en sus ruinas mayas, confirmó el valor de los espacios colectivos. Lo que comúnmente conocemos como espacios vacíos, Rogelio los reconoció como los paisajes habitados por los mayas, alrededor de los cuales se desarrollaba la vida cotidiana. Era en torno de esa actividad vital como se construían las pirámides para sus ritos ceremoniales y la vida política.

Quienes han estudiado su obra y pensamiento, resaltan que ella es producto no sólo de su sensibilidad artística, sino también de un vasto conocimiento de la historia universal y de un profundo estudio de la evolución de la Arquitectura.

Al leer a Salmona, me atrevería a afirmar, que además es producto de un gran conocimiento de la idiosincrasia humana. En efecto, en la entrevista con Guillermo Angulo, al referirse al diseño de la casa de García Márquez en Cartagena, pone de manifiesto la necesidad de conocer los hábitos y los gustos de la familia del Nóbel, para poder así satisfacer sus aspiraciones. ¿Pero como diseñar conjuntos residenciales para personas desconocidas, si no se tiene esa percepción secreta de la condición humana?

Él lo ha afirmado desde hace años: la arquitectura sólo se justifica si está al servicio del hombre. Pero esa «funcionalidad», no es la que normalmente se solicita de los arquitectos, sino que los espacios de la casa sean útiles, la cocina cómoda, la sala amplia. Él entiende que los espacios sirven, si además de cumplir una misión funcional, que podríamos llamar técnica, iluminan el alma.

Recientemente en Europa comenzaron a ponerse de moda las denominadas «ciudades lentas», que no son otra cosa que la misma ciudad ofreciéndole a sus habitantes espacios y tiempos para la ensoñación y el disfrute. Si ustedes vivieran en alguna de ellas, no tendrían que preocuparse por el tráfico, la productividad, o el escaso tiempo para cumplir la cita. Por el contrario esa ciudad se ocupará de que usted

cuenta con suficientes espacios verdes para su paseo o con restaurantes en los que todo esté dispuesto para que usted permanezca más tiempo saboreando la comida, disfrutando de una tertulia... Si tuviésemos más Salmonas, no necesitaríamos de esas ciudades.

Más arquitectos con el conocimiento que él tiene sobre el alma y los deseos del ser humano, habrían confirmado hace tiempo que una alcoba no es sólo para dormir o un comedor para comer. Habría más espacios para ser recorridos, para descubrir en ellos olores, texturas y sonidos que causen sorpresa, que generen recuerdos, que atesoren momentos. Las obras de Salmona son un homenaje a los sentidos, una invitación permanente a descubrir el placer de estar vivos.

Tal vez ahí radica otra de las tensiones creadoras a que está sometido. Dicho de otra manera, la disyuntiva entre la forma artística y la funcionalidad. En alguna ocasión se lo explicó a un arquitecto francés que vino a ver si con él sí se podía hacer arquitectura. El francés le dijo que quería trabajar con él porque estaba cansado de que le encargaran espacios prácticos. Salmona le informó que a él también se los encargaban, pero que sólo los hacía si después de lograr esas «funciones» prácticas, podía iluminarlas con poesía... porque allí estaba la Arquitectura.

Su fuerza creadora se fundamenta en el respeto por lo preexistente, cuando merece la pena ser preservado, exaltado o incluso transformado. Sus obras no tienen la pretensión de ser el origen del mundo. Sus creaciones toman los valores vernáculos, las técnicas y materiales constructivos del lugar, de las costumbres predominantes y, en medio de esa



Rogelio Salmona.

Él lo ha afirmado desde hace años: la arquitectura sólo se justifica si está al servicio del hombre. Pero esa «funcionalidad», no es la que normalmente se solicita de los arquitectos, sino que los espacios de la casa sean útiles, la cocina cómoda, la sala amplia. Él entiende que los espacios sirven, si además de cumplir una misión funcional, que podríamos llamar técnica, iluminan el alma.

tensión entre el pasado y el futuro, crea edificaciones y espacios que se integran perfectamente a zonas completamente consolidadas, o que les imprimen nuevo vigor a zonas deprimidas.

La Casa de García Márquez en el Corralito de Piedra, el conjunto Nueva Santa Fé, o lo poco que se ha podido construir del ambicioso proyecto del eje ambiental, son apenas botones de muestra de ese choque de épocas, que en manos de Salmona cobra toda su fuerza transformadora. Al fin y al cabo ha señalado que él construye para que la hiedra termine por apoderarse de sus obras. Afirma que la *«arquitectura está llamada a volverse una bella ruina porque supo emocionar y permanecer, porque fue capaz de confiarse al tiempo y de transformarse y vivir su tiempo»*.

Cuando un pintor se enfrenta a un lienzo en blanco, o un escritor a una página vacía puede sentirse intimidado. Podríamos caer en el error de pensar que el arquitecto también se enfrenta al mismo vacío. Pero no es así.

Para ellos infortunadamente no existen las casas en el aire de Escalona. Todas sus construcciones se encuentran en medio de un lienzo inmensamente complejo, lleno de construcciones, plazas, parques, vías, carros, seres humanos... y sobre ese lienzo deben crear. Pero como si ello fuera poco esa ciudad imprescindible que construyen y transforman, también se encuentra en medio de un paisaje. El arquitecto no tiene la posibilidad de quitar el mar o las montañas o los ríos; estos siempre estarán allí y serán una condicionante de su obra.

La Arquitectura, en fin, es una de las profesiones en que es más evidente que está concebida para continuar con la tarea de Dios. Esa es la última y más paralizante de las tensiones creadoras que debe enfrentar permanentemente Rogelio Salmona ¿Cuánta serenidad se debe tener, para enfrentar a la luz del sol, las siempre cambiantes fachadas de las Torres del Parque?

Quienes han estudiado, desde la academia, la arquitectura de Rogelio Salmona señalan su obsesiva determinación porque cada detalle de sus creaciones juegue con el paisaje: el agua, las sombras, los olores de la naturaleza. Los volúmenes arquitectónicos que diseña y construye no se mimetizan con el entorno, pero tampoco buscan eliminarlo. El arte está en hallar el punto exacto en que el nuevo espacio «converse» con las edificaciones preexistentes y con la naturaleza, en un dialogo que a los tres enaltece.

Creo que no se necesita ser arquitecto para reconocer en la ciudad las obras de Salmona. Tienen rasgos inconfundibles. Esa volumetría que invita a soñar, las ventanas que nos transportan, ese juego con la naturaleza que nos engaña hasta hacernos creer que la construcción lleva años ahí, así haya sido recientemente inaugurada; el agua, su sonido, las puertas y los patios que nos impulsan a caminar uno tras otro... el silencio, la calma, los rincones para los secretos, las texturas que nos adormilan.

Sus obras no son mausoleos para ser admirados. Sólo adquieren vida, sólo cobran valor, cuando son habitadas, vividas, gozadas y transformadas con las historias de vida de cada uno de sus habitantes.

Pero ¿y de la ciudad qué?, ¿cuáles son las claves que determinaron la elección unánime de Salmona como merecedor de éste el más importante galardón que otorga la ciudadanía?

Acá si no me quiero apartar un ápice de su pensamiento y en consecuencia transcribo: *«Una ciudad no se hace por decreto. Y uno de los grandes problemas de las ciudades colombianas es que sus administradores no saben cómo administrarlas. Los espacios públicos pueden recuperarse por medio de una orden: no se transita más por aquí, se siembran tantos árboles allá, se mejoran los andenes, los sardineles, y es que esa recuperación técnica es posible, pero es necesario dejar atrás el pragmatismo. Semejante abanico de decisiones dura muy poco tiempo, y aún más: no dura»*.

También afirma que *«hacer arquitectura en Latinoamérica hoy, además de un acto cultural y estético, es un acto político. Toda acción transformadora de la espacialidad en función del bienestar, la participación ciudadana y de apropiación de propuestas para el encuentro y la acción —ya sea esta de protesta o de apoyo a las ideas democráticas— son necesarias e indispensables y la arquitectura no puede ni debe estar ausente de éste escenario. Es ella al fin y al cabo, la transformadora del espacio público y la que con más vehemencia debe hacerle resistencia al abuso y al desahogado interés de la especulación urbana»*.

Así mismo señala que *«ahora la arquitectura se ha reducido al mínimo de su expresión. Ya ni siquiera pertenece a las Bellas Artes. Se ha vuelto, como la ciudad, un hecho constructivo que produce dinero (...) la ciudad es espacio público y no espacio cerrado llamado 'centro comercial' que sus propietarios pueden clausurar en cualquier momento. Es el sitio de la libertad y su diseño ha de permitir que esa libertad se exprese»*. Manifiesta que *«sobre la ciudad se han dictado normas, incluso al margen del narcotráfico, con la única intención de favorecer intereses privados. La arquitectura no puede estar al servicio de ese capital que no se ocupa del bienestar social y del que sí debería preocuparse la administración pública»*.

Podría transcribir más frases luminosas de Salmona pero quiero terminar con una que para mí condensa su compromiso ético, y en consecuencia su fortaleza y principal sello, con el ser humano. Al respecto afirma que *«el ser humano sólo tiene una vida. El tiempo de su vida. No lo goza cuando desperdicia el tiempo y lo desperdicia cuando para habitar —que es nuestra razón de ser— se le ofrecen espacios injuriosos. Es posible que aunque no sea consciente de ese desperdicio, no deje sin embargo de perder su tiempo y perderse él mismo. Se debe proponer lo contrario: espacios que permitan que el tiempo transcurra, lo cual es una*

manera ética de contrarrestar, de oponerse a esa noción absurda pero tan anclada en nuestra época, de que el tiempo se pierde».

Hace miles de años la humanidad inventó el ladrillo como uno de los elementos más económicos, prácticos y maleables para levantar sus casas. Hace algo más de cincuenta años, Rogelio Salmona, comenzó a sacar del ladrillo, con la poesía de su arquitectura, los valores y las formas que lo hacen más humano. Es tierra, agua y fuego. Es efímero cuando se encuentra solo, pero es eterno cuando está al servicio del ser humano, de su felicidad.

Les recordaba cómo la arquitectura que más admira Salmona es aquella que gracias a la vida que ha albergado y servido, termina con los años en convertirse en ruina monumental. Los seres humanos, en nuestra forma externa, vamos acumulando con los años arrugas que testimonian nuestras experiencias. Las más marcadas en Salmona, son las que dibujan en su cara una permanente sonrisa; la misma que a todos se nos dibuja cuando recorremos alguna de sus obras, la misma que él quisiera que produjeran las ciudades en sus habitantes. Una sonrisa que refleja una fuerza vital que ha transmitido a todo lo que ha creado.

No sé cuando, pero hace tiempo, Rogelio Salmona dejó de ser un arquitecto para convertirse en un mito. Cada uno de nosotros guarda en su corazón una imagen, un recuerdo de una o varias de sus obras; así mismo, y gracias a ellas, todos le tenemos la admiración que él no ha buscado y, gracias a su trabajo, se ha ganado el respeto y el cariño de miles de personas en Colombia y en diversas partes del mundo, que al oír el nombre de Rogelio Salmona saben que se está hablando no sólo de un arquitecto mítico, sino ante todo de un ciudadano digno de imitar. **bU**